

De sermones y piedras

Lina María Aguirre Jaramillo



El movimiento por el voto femenino en Gran Bretaña tenía como lema “Hechos no palabras” (*Deeds not words*) pero la verdad es que las palabras fueron determinantes en toda la campaña, en discursos, libros, periódicos, manifiestos, obras de teatro, poemas, canciones, panfletos, estandartes y parafernalia variada distribuida por sufragistas, como aquel botón propagandístico que decía, citando a la líder más prominente del grupo militante dentro del movimiento, Emmeline Pankhurst: “Confianza en Dios, Ella proveerá”.

De la célebre líder, viuda de Richard Pankhurst, un abogado socialista, arduo defensor de los derechos de las mujeres, también provienen los llamados a la causa “Yo incito esta reunión a la rebelión”, “... el camino de la reforma siempre ha pasado por la prisión”, replicados por distintos medios durante y después de su tiempo de activismo. Ciertamente, la lucha por el voto femenino se libró en buena parte en las manifestaciones, desfiles, en recintos cerrados, bien fueran imponentes y públicos, como el Royal Albert Hall en Londres, o discretos y privados, como salones de casas amigas o trastiendas de negocios en los cuales se dio cobijo y primeros auxilios a cofrades perseguidos, se fraguaron escapadas, disfraces, acciones de emergencia o, simplemente, se tomaba una taza de té para recobrar el aliento y recomponer el sombrero: sí, Pankhurst y muchas de sus correligionarias vestían a menudo los sombreros propios de las eras victoriana y eduardiana, y en su vestimenta se distinguían los colores insignes del movimiento: púrpura por dignidad, blanco por pureza y verde por esperanza.

La calle fue el escenario de múltiples demostraciones de convencimiento, persistencia y enérgico compromiso, el cual se volvió, para una corriente del movimiento, en un impetuoso

”llamado a las armas”, con protestas que involucraron vandalismo contra almacenes y propiedades, y otras acciones bastante notorias en Londres como las de las simpatizantes del movimiento Edith New y Mary Leigh, quienes lanzaron piedras contra la ventana del Primer Ministro, Herbert Henry Asquith, en el número 10 de Dawning Street, el 30 de junio de 1908, advirtiéndole que “la próxima vez serían bombas”; o cuando otra mujer, Mary Richardson, entró a la National Gallery el 10 de marzo de 1914 y rasgó la pintura *The Rokeby Venus* (Venus del espejo) de Velásquez con un cuchillo de carnicero. Ella protestaba por el arresto a Pankhurst el día anterior. En julio de ese año, tras otro arresto, la seguidora Anne Hunt (el nombre real era Margaret Gibb) hizo lo mismo en la National Portrait Gallery con el retrato del fundador de este museo, Thomas Carlyle, un original del pintor John E. Millais.

Aquellas fueron dos de las numerosas veces que Pankhurst fue enviada a prisión, un lugar convertido en otro campo de batalla, física y psicológica, que la líder describió plagada de peste, sometida a la “tortura civilizada del confinamiento en solitario y en silencio absoluto”, llevando el

uniforme de interna, sintiéndose como “un ser humano en el proceso de ser convertido en una bestia salvaje”. Aunque no lo hicieron con ella, a muchas militantes presas que iniciaron huelgas de hambre en las prisiones se les aplicó además otro castigo: alimentación forzada por vía nasal para poder sacarlas de la cárcel temporalmente y arrestarlas de nuevo. En 2015, la organización Ancestry digitalizó los materiales disponibles en los archivos nacionales Kew de Londres que permite consultar los registros de más de 1300 arrestos hechos a sufragistas como Pankhurst y sus tres hijas, Christabel, Adela y Sylvia, así como de más de cien hombres que fueron encerrados en algún momento por la misma causa.

Una causa que también se defendió desde el aire, como cuando Muriel Matters sobrevoló, en febrero de 1909, en un dirigible que tenía en un lado la leyenda *Votes for Women* y en el otro, *Women's Freedom League*, lanzando volantes propagandísticos. Igualmente, en el hipódromo de Epsom, cuando la prominente activista Emily Wilding Davison irrumpió en la pista el 4 de junio de 1913 y chocó violentamente con el caballo de Rey, produciendo la caída del jinete, Herbert



Postal fotográfica "La sra Pankhurst arrestada, Victoria Street, Londres, Feb 13 1908".
FUENTE: Biblioteca Bodleian, Oxford.

Jones, quien sobrevivió (aunque se suicidó en 1951) y sufriendo ella una caída fatal, muriendo en un hospital de la localidad cuatro días más tarde. Aparentemente, Davison intentaba poner una bufanda insigne del movimiento en las bridas del caballo.

Aquel intento fallido se convirtió en una de las estampas más vividas de toda la historia del movimiento, la cual puede trazarse en el tiempo desde comienzos del siglo XIX, cuando expresamente se prohibió el voto femenino en el Reino Unido mediante las leyes parlamentarias de 1832 y 1835, situación que buscaron cambiar las organizaciones sufragistas National Society for Women's Suffrage, fundada en 1872, la National Union of Women's Suffrage Societies NUWSS en 1897 y Women's Social and Political Union (WSPU) fundada en Manchester por Emmeline y su hija Christabel Pankhurst, en 1903. La historia sigue hasta bien entrado el siglo XX, pasando por el momento culminante cuyo centenario se conmemora este año 2018: la promulgación de la “Ley de representación del pueblo” que recibió el asentimiento real el 9 de febrero 1908 y que permitió votar en las elecciones de diciembre de ese año a todos los hombres mayores de 21 años y a una parte de la población femenina: aquellas mayores de 30 años, propietarias o esposas de propietarios de tierra o viviendas avaluadas en más de 5 libras esterlinas o que fueran graduadas de una universidad británica.

En este dilatado trayecto, las palabras fueron un instrumento primordial en el pensamiento, discurso y acción que, en perspectiva, deja ver las afinidades y contradicciones del movimiento, el cual finalmente fue impulsado por grupos diversos que aunque favorecían el voto femenino, diferían ampliamente sobre asuntos importantes como los criterios de participación, las tácticas empleadas, las posturas ante la guerra, el socialismo, las relaciones entre política y libertad, las relaciones entre virtud moral y militancia, y los cuestionamientos apremiantes de las luchas de los trabajadores en el contexto internacional.

Una expresión de la novelista, dramaturga y activista Elizabeth Robins (1865-1952) nacida en Kentucky pero que vivió en Inglaterra la mayor parte de su vida, “sermones en piedras” (tomada de la obra de Shakespeare *As You Like It*), resume

la génesis del discurso como componente en la que podría llamarse ‘guerra de palabras’ sufragista: los ‘sermones’ (verbales, escritos) como artefactos que golpean con fuerza y causan impacto en la sociedad: mediante obras de ficción, relatos confesionales, crónicas y otras formas literarias y periodísticas. Cuando en 1908 se formó la Liga de escritoras *Women Writers' Suffrage*, las



Souvenir de la primera gran reunión "Women's Sunday", el peregrinaje a Londres organizado por el WSPU el 21 de junio 1908. Miles de hombres y mujeres viajaron desde todas partes del país para la manifestación.

FUENTE: Biblioteca Bodleian, Universidad de Oxford.

fundadoras declararon su propósito de usar “los métodos propios de escritores: el uso de la pluma”. Un convencimiento sobre el poder transformador de la literatura alentaba a estas mujeres e inspiró a muchas otras.

Robins, que tuvo una destacada carrera y se codeó con autores como Oscar Wilde y George Bernard Shaw, defendió la causa feminista hasta el día de su muerte, pero abandonó la WSPU cuando esta adoptó tácticas violentas. Ella fue la autora de una de las obras de teatro clave del movimiento: *Votes for Women!* estrenada en 1907 en el Royal Court de Londres.

Tanto censuró la

Desarrollada en tres actos, la obra incluía elementos políticos, una recreación de una manifestación con arengas memorables en la central plaza Trafalgar en la capital, y que causó un muy buen impacto entre los críticos (aunque algunos de ellos advirtieron que nunca había habido un nivel tan elevado en los discursos reales). Un cierto tono melodramático no impresionó tan bien: el final en el cual un examante perverso que había obligado a un aborto a la protagonista se convertía en favor de la causa de los derechos de las mujeres era implausible. “Excepto para quienes llevan la causa en el corazón... es una conclusión débil e impotente”, dijo el crítico del periódico Stage, y el del Times objetó el atuendo muy glamuroso de la actriz principal, Edith Wynne-Matthison que hacía el papel de Vida Levering, “¿Por qué, a propósito, tiene que poner tanto cuidado en aprovechar su buena apariencia y hermosa figura y usar esos vestidos encantadores? ¿Es acaso para complacer a otras mujeres? La causa tendría mucho más éxito si todas sus seguidoras fueran tan bonitas a la vista y tan bellamente vestidas como la señorita Wynne-Matthison”. Con todo, las regalías le permitieron a Robins donar una cuarta parte para grupos sufragistas y llevar su obra a Roma y Nueva York, cosechando un número de aplausos y de nuevos adeptos.

La irlandesa Francis Power Cobbe, escritora y reformadora social es otro nombre de referencia. Ella, que formó una relación homosexual con la escultora Mary Lloyd en Gales entre 1864 y 1896, escribió y presentó en 1886 la conferencia *Duties of Women* en la cual explicó el sentido feminista que se agitaba en el periodo victoriano, la definición de la ‘Nueva Mujer’ de final de siglo para la cual era necesaria dirección moral y una advertencia sobre sus deberes. Tanto censuró la ‘Mujer Vieja’ que se adhería a la sociedad tradicional patriarcal e inamovible como a

‘Mujer Vieja’ que se adhería a la sociedad tradicional patriarcal e inamovible como a la “pseudo Mujercilla Nueva inmoral dada a distorsionar el llamado feminista de independencia con una *carte blanche* para la indulgencia sensual”.

la “pseudo Mujercilla Nueva inmoral dada a distorsionar el llamado feminista de independencia con una *carte blanche* para la indulgencia sensual”, como lo explica la investigadora Ann Heilmann en uno de sus textos sobre los debates alrededor del tema, y añade: “Cobbe reclamó el feminismo para la

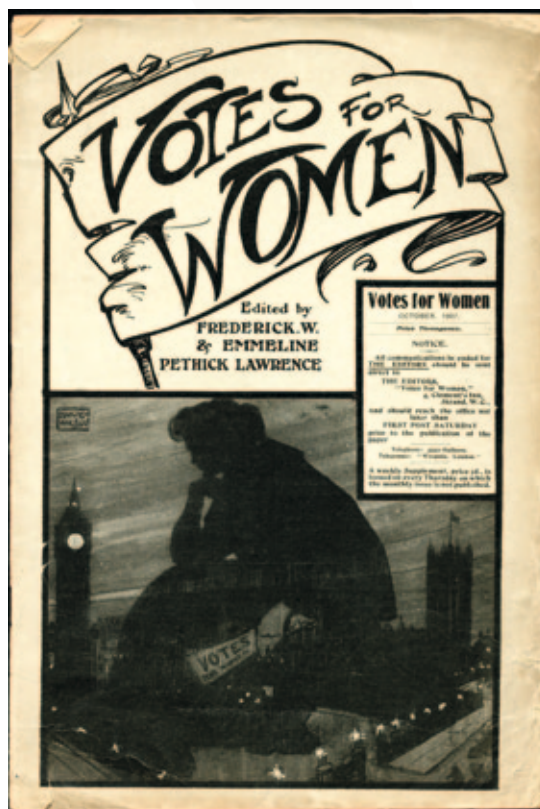
Nueva Mujer moralmente virtuosa y con conciencia social que, equipada con un fuerte sentido de responsabilidad personal y de entendimiento claro de su deber cívico hacia la comunidad, era llamada a ser ejemplo para sus hermanas menos favorecidas”. Como ha analizado la investigadora Susan Hamilton en su libro sobre Cobbe, esta abogó por la “feminista femenina” que también podía hacer de su hogar su ‘cuartel’ en favor de sus derechos y deberes.

Por su parte, la escritora, sufragista y ‘emancipada’ activista Dora Marsden (1882-1960) no estaba interesada en la retórica moral de Cobbe. En lo personal, estaba en el grupo del feminismo militante que encontraba precisamente en el hogar el centro de la explotación. Como señala Heilmann, “Marsden la radical sexual y defensora de la autoindulgencia ejemplificaba la categoría de Cobbe de inmoral, mientras que, a los ojos de Marsden, el purismo social de las *suffragettes* tenía relación con las cruzadas de la Vigilancia Victoriana”. Heilmann la llama la *enfant terrible* del movimiento sufragista, que un día criticaba ácidamente las posturas del mismo, y al otro lo acusaba de replicar la dominación amo-esclavo social en la estructura altamente jerarquizada de la organización. Marsden tuvo frecuentes disputas y altibajos con la dirección del movimiento, y para ello se valió, también, de las palabras. En lo literario, estaba interesada en explorar las vanguardias, y luego de crear las revistas *The Freewoman* (1911), *The New Freewoman* (1913), pasó a *The Egoist* (1914) para concentrarse en las nuevas creaciones del simbolismo artístico, poético, la anarquía y el posterior modernismo. Marsden finalmente abandonó el movimiento y con sus publicaciones, específicamente,

quiso “abandonar el ‘sentimentalismo’ de las sufragistas”, como afirma la investigadora de la Universidad de Cambridge, Lucy Delap.

Mientras tanto, en otras regiones del Reino Unido, se cocían textos que daban cuenta también de las tensiones políticas y nacionalistas. El país de Gales ha sido tradicionalmente visto como anti-sufragista pero investigaciones como las de Kirsty Bohata en la universidad de Swansea muestran cómo, en muchos casos, la reacción percibida era más bien en contraposición a la violencia del movimiento militante en Inglaterra y sus tácticas extremas, con lo cual el objetivo de muchas personas simpatizantes con la causa fue también el de mostrar a Gales como un epicentro pacífico y civilizado, alineado con los grupos que actuaban conforme a la ley (“*law-abiding*”). Bohata menciona, por ejemplo, la novela utópica *Lady Gwen* (1891) “acerca de una república galesa gobernada por una presidenta que demuestra ser el parangón de la virtud y belleza femeninas”. En Escocia, muchas mujeres hicieron del género epistolar un nutrido y eficaz mecanismo de participación y movilización. Investigaciones de Sarah Pedersen sobre la correspondencia en periódicos de la ciudad de Aberdeen entre 1900 y 1914 dan cuenta de la creciente atención de muchas mujeres en los debates sobre temas sociales y políticos, incluyendo la causa del voto, apoyando las campañas de candidatos políticos locales que estaban en favor y catapultando a la primera plana del interés público las necesidades de lo que Heilmann, a su vez, resume como una mayor “visibilidad y resonancia de las voces sufragistas” en toda Escocia.

Los eventos sucedidos en Gran Bretaña no estaban aislados de otros países europeos y excolonias británicas. Nueva Zelanda ya había aprobado el voto femenino en 1893, en Australia el proceso había empezado en 1894 y se completó en 1902. El Gran Ducado de Finlandia, entonces parte de Rusia, en 1906. En los Estados Unidos, la enmienda constitucional fue aprobada en 1920 y el intercambio de ideas y literatura sufragista fue bastante fluido con el Reino Unido. Pankhurst hizo una gira en el otoño de 1913 por el país americano para recoger fondos, y también para avivar el sentimiento en favor de la libertad asociada a la emancipación total de la mujer, que incluía el reconocimiento como ciudadana y como



Portada del periódico, primero mensual y luego semanal del WSPU. Los editores, Emmeline y Frederick Pethick Lawrence fueron arrestados en 1912 y sentenciados a 9 meses de prisión debido a las acciones cada vez más militantes de la organización. FUENTE: Biblioteca Bodleian, Universidad de Oxford.

votante. Voces autóctonas dentro y fuera de la audiencia venían abonando el terreno literario que ya agitaba el National Women's Party. Inez Haynes Irwin, autora, periodista, miembro del partido, es uno de los muchos ejemplos. Escribió la novela *Angel-Island* (1914) inspirada en las fábulas de Esopo, *Los viajes de Gulliver* y otros escritos de Jonathan Swift. Imaginó un grupo de hombres que naufragan y llegan a una isla desierta, en donde encuentran hermosas criaturas aladas, mujeres, a quienes les cortan brutalmente las alas e intentan someter a un régimen masculino, mientras ellas no pueden moverse. Sin alas (sin votos), las mujeres están impotentes.

La llamada “poeta laureada de la causa”, Alice Duer Miller, se destacó por sus numerosos escritos en los cuales experimentó con distintas formas literarias para elaborar su mensaje

político: crítico, humorístico, sarcástico, poético, acusatorio. Decidió, por ejemplo, hacer unas réplicas en rima a discursos de políticos, artículos y editoriales periodísticos anti-sufragistas que se convirtieron en una manera de hacerse a un espacio de debate que era negado en numerosas publicaciones; así mismo reescribió pasajes de textos de autores como William Blake, Robert Louis Stevenson, Henry Cuyler Bunner, salpicando escenas y lenguaje cotidianos con peso sufragista. Como expone la investigadora Claire Delahaye, “las producciones literarias de las sufragistas funcionaron como modos compensatorios de expresión política para afirmar el poder femenino. Desarrollaron sus voces, puntos de vista y argumentos”. El uso variado de formas humorísticas hizo que muchos de estos textos entraran prontamente a la corriente cultural popular, extendida, de la sátira.

Delahaye menciona también novelas como *The Convert* (1907), de Elizabeth Robins y *A Woman for Mayor: A Novel of Today* (1909), de Helen Winslow, las cuales llamaron la atención en las redacciones de los periódicos como el *New York Times*, que dedicaron a menudo artículos para criticar negativamente estos aparentes ‘tratados de ficción’ como disfraces de lo que era, a su juicio, ‘simple’ propaganda sin méritos literarios. Pero el movimiento persistió, en las letras y en la calle. El desfile organizado en noviembre de 1912 en Nueva York fue memorable: las manifestantes marcharon lanzando confites a los espectadores, y cada envoltorio tenía inscrito un verso sufragista. En 1911 se había convocado un concurso con el atractivo premio de 100 dólares a quien compusiera el mejor himno poético, “majestuoso y apasionado”, que cautivara el espíritu de la causa y fuera “entonado por las masas”. Cuando Margaret Deland publicó en 1916 *The Rising Tide*, una buena parte de los periódicos ya reconocía el género de “novela sufragista femenina” con considerables dosis de realismo. La implicación era que el sufragio era inminente.

“Estamos aquí no por querer romper la ley sino por querer hacer la ley”, declaró Pankhurst en un juicio en su contra en 1908. Y la ley se hizo: el 2 de julio de 1928 recibió el asentimiento real la Ley del Sufragio Igualitario, que amplió la de 1918, extendiendo el voto a todas las mujeres mayores de 21 años sin restricciones. Pankhurst

no alcanzó a verlo, había muerto días antes, el 14 de junio. En general, actos y palabras conformaron, a veces atropelladamente, el siempre heterogéneo movimiento sufragista que hoy todavía puede narrarse empezando por releer a la filósofa y escritora Mary Wollstonecraft (1759-1797), esposa del filósofo pionero anarquista William Goldwin y madre de la autora conocida como Mary Shelley, en su tratado *A Vindication of the Rights of Women* (1792): “No deseo que ellas [las mujeres] tengan poder sobre los hombres; sino sobre sí mismas”. ■

* Imágenes de la exposición *Sappho to Suffrage: women who dared*. Biblioteca Bodleian, Universidad de Oxford, 2018

Referencias principales

Todas las fuentes disponibles en línea fueron consultadas por última vez el 23 de julio 2018

Atkinson, D. (2010). *The Suffragettes in Pictures*. Stroud: The History Press.

Bohata, K. (2002). “For Wales, see England?” Suffrage and new woman in Wales. *Women's History Review*, 11(4), 643-656.

Delahaye, C. (2016). “A Tract in Fiction”: Woman Suffrage Literature and the Struggle for the Vote. *European Journal of American Studies*, 11(1).

Delap, L. (2002). “Philosophical vacuity and political ineptitude”: the freewoman's critique of the suffrage movement. *Women's History Review*, 11(4), 613-630.

Ellis, S (2003, 19 de marzo). Votes for Women!, Royal Court, April 1907. *The Guardian*.

Heilmann, A. (2006). Words as Deeds: debates and narratives on women's suffrage. *Women's History Review*, 11(4), 565-576.

Pankhurst, C. (1987). *Unshackled: Story of How We Won the Vote*. Londres: Ebury Press.

Pankhurst, E. (2016). *Suffragette - My Own Story*. Londres: Hesperus Press.

Pedersen, S (2002). The appearance of women's politics in the correspondence pages of Aberdeen newspapers, 1900-14. *Women's History Review*, 11(4), 657-673.

Robins, E. (1913). Sermons in Stones, *Way Stations*.

Wollstonecraft, M. (2015). *A Vindication of the Rights of Woman*. Londres: Vintage Classics.

Lina María Aguirre Jaramillo (Colombia)

Doctora en Literatura y periodista. Investiga sobre temas relacionados con literatura, arte, narrativa de viajes, ciencia y comunicación. Autora del libro *Por curiosidad* (2016). Es investigadora miembro del Grupo de Estudios Literarios GEL de la Universidad de Antioquia.

